

«¡Oh Señor del mundo, verdadero Esposo mío! -le podéis vos decir, si se os ha enternecido el corazón de verle tal, que no sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con Él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazón, que las tiene El en muy mucho-, ¿tan necesitado estáis, Señor mío y Bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis consolado conmigo? Pues ¿cómo, Señor, es posible que os dejan solo los ángeles, y que aún no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza, de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren y tenerlos por gran bien por imitaros en algo. **Juntos andemos, Señor.** Por donde fuereis, tengo de ir. Por donde pasareis, tengo de pasar»

(Santa Teresa, *Camino* 26,6).

## Juntos andemos, Señor

Seguro que alguna que otra vez te has encontrado con un apellido compuesto (al estilo de *Ortega y Gasset* o *Ramón y Cajal*) y cuando tú lo has interpretado como dos, el propietario te ha dicho: no, no, es un único apellido. La historia de nuestros apellidos unitarios nos hace creer que ese también lo es. Valga esto para apuntar el sentido de una expresión de Santa Teresa en su obra *Camino de Perfección* (26, 6) en la que enseña a sus hijas del Carmelo a dirigirse a Cristo: **Juntos andemos, Señor.**

La historia de nuestra humanidad nos ha hecho sentir que Dios y hombre son nombres distantes, realidades apenas reconciliables: yo hago *mi* vida, Él hace *la* suya y de vez en cuando cruzamos los caminos. Sin embargo, la humanidad fue pronunciada en su misma creación para ser unida a Cristo como parte de sí mismo, sin hacerle perder su propio ser. *Creados en Cristo*, dice san Pablo. Pero las vueltas de la historia y su pecado nos han llevado a pensar que estamos hechos para una libertad autosuficiente que termina por ser una libertad solitaria, que se ahoga abrazándose a sí misma.

Los Santos han percibido la verdad de las cosas: Estamos hechos para ser parte del nombre de Dios y hasta que no lo seamos no sabremos de verdad quién somos, cuál es nuestra identidad. La mística esponsal de Santa Teresa, como la de otros, con la que invita a sus hijas en este texto es la respuesta al encuentro con la verdad de sí misma. Somos de Cristo y así somos nosotros mismos. Si vamos con él nos alcanzamos a nosotros mismos, si lo dejamos nos perdemos sin encontrar jamás nuestra verdadera identidad.

En este itinerario Santa Teresa no deja de sorprenderse de que un Nombre de tal dignidad aprecie unirse a uno de tal pequeñez como el nuestro, sin embargo así nos muestra su amor desmedido, sobreabundante. Por tanto, si en algo consiste nuestra vida es, tal y como continúa el texto, en hacernos uno solo con él: *Por donde fuereis, tengo de ir. Por donde pasareis, tengo de pasar.* Así, finalmente, los dos nombres se unirán, Cristo y nosotros, y seremos los que estamos llamados a ser: cristianos, Hijos en el Hijo por los siglos.